

Ángela Peralta: “El ruiseñor mexicano”

por Alberto Valladolid

Es curioso que el nombre completo de **Ángela Peralta**, quien fuera conocida como “el ruiseñor mexicano” por su extraordinaria voz, fuera tan largo como una letanía. Fue registrada de la siguiente forma: María de los Ángeles Manuela Tranquilina Cirila Efrena Peralta y Castera. Nació en la Ciudad de México el 16 de junio de 1845 en una familia de origen humilde, y murió en la ciudad de Mazatlán el 30 de agosto de 1883, tratando de recuperar la fama que había llegado a encumbrarla en lo más alto del universo operístico internacional.

Su talento musical, así como su voz angelical y prodigiosa, fueron descubiertos cuando la niña tenía seis años y, pese a su origen humilde, recibió una esmerada educación artística. Su primer maestro fue Agustín Balderas. A los ocho años cantó la cavatina de la ópera *Belisario* de Gaetano Donizetti, e ingresó al Conservatorio Nacional de Música hasta que —a los 15 años, al terminar sus estudios— debutó en el Teatro Nacional, representando el papel de Leonora en *Il trovatore* de Giuseppe Verdi, donde obtuvo un arrollador éxito que la llevó a Europa para perfeccionar su técnica vocal.

Aunque nunca obtuvo ninguna beca por parte del gobierno, su padre se las arregló para cubrir los gastos del viaje y personalmente la acompañó a España, donde buscaron un maestro de canto. Partieron hacia Milán para contratar los servicios de Francesco Lamperti y, prontamente, los progresos de Ángela se hicieron notar. Debutó en La Scala de Milán en 1862 con *Lucia di Lammermoor* de Donizetti. Esa noche, el público enloqueció, eufórico, con su canto y hasta un hijo de Donizetti celebró la milagrosa voz de la soprano lamentando que su padre no viviera para escucharla.

Después de eso, Ángela Peralta fue invitada a cantar en Turín frente a Víctor Manuel II; ahí, con su bella voz, interpretó *La sonnambula* de Vincenzo Bellini. Los aplausos de la concurrencia fueron impetuosos, el teatro entero cimbraba mientras el público la aclamaba frenéticamente, de tal manera que tuvo que salir ¡32 veces! para recibir las enardecidas ovaciones. La crítica y el público la amaban, y durante los dos años siguientes su presencia fue requerida en todas las ciudades italianas. Con grandes triunfos recorrió los teatros de Turín, Génova, Nápoles, Roma, Florencia, Bolonia, Lisboa, París, Barcelona, Madrid, El Cairo, Alejandría y San Petersburgo. La gira se prolongó hasta América, donde pasó por Nueva York y La Habana.



Ángela Peralta

En 1865 regresó a México por invitación del emperador Maximiliano, quien le pidió que cantara en el Teatro Imperial Mexicano (que en realidad era el anteriormente llamado Teatro Nacional). A su llegada, las calles de la capital se apiñaron de admiradores que le dieron la bienvenida en acto oficial. Ante un teatro lleno, que aplaudió extasiado su voz en *La sonnambula* de Bellini, Ángela Peralta inició en el país una serie de presentaciones que continuó en provincia.

Cuando, a finales de 1866, el régimen imperialista se derrumbaba, la cantante regresó a Europa, donde el público la extrañaba. En Madrid se casó con su primo hermano, Eugenio Castera, pero

su matrimonio se convirtió muy pronto en una carga cuando su esposo enfermó mentalmente. Su carrera en Europa estaba en la cúspide pero aún así, en 1872, realizó una gira por el interior de la República Mexicana. Sus triunfos continuaron en Italia hasta su consumación con *I puritani* de Bellini. Recluyó a su esposo en un hospital psiquiátrico de París en 1876 —donde murió ese mismo año— viéndose impedida para continuar con sus presentaciones.

En 1877 regresó definitivamente a México para presentar, con el más rotundo éxito, la ópera *Aida* de Giuseppe Verdi en el Gran Teatro Nacional. También estrenó, ahí mismo, *Gino Corsini*, ópera del mexicano Melesio Morales. Parecía que su carrera no podía ir mejor cuando, de repente, su fama declinó drásticamente: el público le dio la espalda y los abucheos estaban en todas partes. Ni su mejor interpretación sirvió para recuperar los aplausos. ¿El motivo? El rechazo de sus seguidores no se debió a que su actuación fuera poco convincente, ya que su voz tampoco se deterioró. La carrera de la soprano comenzó su declive cuando su relación amorosa —que había iniciado cuando aún vivía su esposo— con Julián Montiel y Duarte, administrador de su compañía, se hizo pública. Los insultos y vituperios se escuchaban en cada una de sus presentaciones, y los reproches por una moral inadecuada opacaron sus anteriores triunfos con un fracaso rotundo.

Ángela fue víctima de las presiones, la enfermedad y el agotamiento. Su carrera fue suspendida durante tres años, al cabo de los cuales decidió reconquistar a sus seguidores y organizó una gira en provincia, pero la reacción del público no cambió. Ante su frágil situación económica y artística debió recorrer los lugares más recónditos e intrascendentes del país en busca de aceptación. A punto de declararse en quiebra, llegó a Mazatlán en agosto de 1883 con una compañía de 80 personas —la mayoría de ellos italianos—, donde finalmente fue recibida con entusiasmo por la población mazatleca, que conocía bien la fama que precedía a la artista.

La compañía se preparaba en los ensayos con el ánimo de recobrar la gloria de los viejos tiempos, pero, por esas mismas fechas, arribó al puerto un barco con un cadáver de un norteamericano víctima de la fiebre amarilla y, a pesar de que el cuerpo fue sepultado, la enfermedad se propagó rápidamente por la ciudad.

Contrario a lo que se esperaba, el 23 de agosto presentaron *Il trovatore* de Verdi con escaso público: la gente no asistió al teatro por temor a contraer la fiebre —a la que llamaron Níquel— que ya afectaba a muchos en el puerto. Sin embargo, un periodista escribió acerca de la Peralta: “Es una mujer de agradable presencia, algo obesa y de ojos saltones pero muy vivos. Tiene una voz maravillosa que emite con pasmosa facilidad las notas más agudas y altas, hasta el grave; hizo unas variaciones alcanzando notas tan finas como el canto de un jilguero”.

También la compañía fue afectada por la epidemia: varios cantantes y músicos fueron presa del grave mal, y sólo seis de ellos sobrevivieron (entre ellos el violinista Juventino Rosas). Ángela Peralta también cayó enferma y ningún médico pudo curarla:



Retrato de “El ruiseñor mexicano”, por José Vizcarra Batres (1874-1956)

falleció el 30 de agosto de 1883, y ese mismo día contrajo nupcias con su amante Julián Montiel y Duarte *in articulo mortis*.

De todos es sabido que Ángela Peralta no era nada agraciada físicamente: era obesa, tenía ojos saltones, cara redonda y baja estatura, pero su celestial voz era única. Mientras que en España le llamaban “El ruiseñor mexicano”, en Italia le decían “Angelica di voce e di nome” (Angélica de voz y de nombre). Conquistó al gran público internacional y, gracias a su prodigiosa voz, fue una de las sopranos más vitoreadas en la historia de la ópera, y llevó este excelso arte a la provincia mexicana, llegando a lugares apartados y difundiendo tanto obras europeas como mexicanas. Varios teatros del país llevan hoy su nombre.

Además de tocar varios instrumentos, compuso obras sencillas (canciones, vals, mazurcas, romanzas y fantasías) de las cuales algunas llegaron a ser populares como ‘Adiós a México’, ‘Lejos de ti’ o ‘Nostalgia’. Sin duda, Ángela Peralta puso muy en alto el nombre de México en el mundo, y por ello es recordada con cariño en nuestro país. ◦

Este artículo se publicó originalmente en la revista *Intermezzo* (enero-febrero 2009). Se reproduce con autorización del Editor.